

En busca de la dignidad y del sentido de la vida

En el libro *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, Mijail Malishev, con un estilo ameno y fluido, asume desde el primer ensayo la categoría del "reconocimiento" como centro clave de la naturaleza humana. La aspiración a ser reconocido se encuentra en cada uno de nosotros, si no como una obsesión frenética, por lo menos como una predisposición que puede ser orientada, estimulada o disminuida, pero nunca anulada.

En el segundo ensayo, dedicado a las ideas de Albert Camus, se afirma que ante el fin inminente del ser humano, éste no debe abrigar la ilusoria esperanza en el más allá, ni caer en la desesperación suicida. Para el pensador francés, la rebellón representa una especie de conciencia avergonzada que se basa en la solidaridad entre los seres humanos; ésta será mermada si se cometen fechorías en su presencia y él no hace nada para impedir las.

En el tercer texto se pone énfasis en la responsabilidad civil de la conducta moral y se acentúa que cualquier acto humano, en la medida en que es resultado de una elección consciente, contiene la pretensión a la legitimación social. La verificación de las máximas desde el punto de vista de la universidad es una especie de experimento que Kant propone que se haga cada individuo para comprobar la moralidad de su conducta.

Enseguida, Malishev destaca el espíritu de desencanto que con fascinación supo dominar Emil Cioran. Aunque las utopías y la aspiración a la felicidad sean inalcanzables, no obstante, forman parte de las obsesiones del ser humano y, por consiguiente, son inextirpables, contrariamente a los

planteamientos del escepticismo más empedernido.

El autor expone un pensamiento ágil y fluido. Un pensamiento que se ancla en las raíces más profundas de la vida, un pensamiento vivo conmovido por los *primma movilia* más profundos de la naturaleza humana; es un pensamiento que no tiene otra forma de revestir su expresión y el ritmo vital de su desarrollo que ir en consonancia con la forma polifacética de expandir y manifestar el sentido de la vida, el cual se asemeja más a un concierto musical en devenir, que a una estática estructura arquitectónica que la racionalidad realmente profunda debe evitar.

Por lo tanto, la carta de presentación de un pensamiento que escudriña las fuerzas atadas y desatadas en lo subterráneo de nuestro espíritu y que nos poseen como reinas y señoras de la fortuna y el infortunio humano, ha de ser la ironía, la paradoja, el ensayo, la risa, la danza de la expresión, el trozo de vida aprehendido por los dardos de un aforismo, de un pensamiento que baila, de una parábola que ha absorbido en sí la esencia del numen vital, barro y materia prima de la consagración de las ideas hacia lo profundo.

El ensayo, pues, se convierte en laboratorio del pensamiento, de una reflexión que realmente está comprometida con la búsqueda de la dignidad y el sentido de la vida, piedra filosofal que nutre la alquimia y la magia de este laboratorio.

El hilo temático del libro se orienta a dilucidar los móviles e impulsos más remotos, pero, aunque profundos, evidentes en el cotidiano afán existencial de inyectar sentido a nuestros actos que por sí mismos y al afirmarnos en ellos buscan anclarse en una pletórica realidad que esté salvada de las fauces devoradoras de la nada, la finitud, la insignificancia, la muerte, del imperio de lo efímero que arrastra, como vientos de helado hastío, todo lo que por un momento se afirma en la gloria, el orgullo, la vanidad y la exaltación paradójica del brillo vital hundiéndolo en su fatal destino a la lenta pero segura peste de la corrupción, indiferencia y olvido como forma de muerte más temida que la misma mortandad. Porque el hombre no

teme tanto morir, sino morir siendo insignificante.

Los *primma movilia*, cuyo escondrijo se anida en lo más profundo del corazón humano, aquí iluminados en sus caras más oscuras, son desenmascarados como impulsos cuyo poder sobrepasa nuestro propio control, subyugándonos como siervos de su cruel azote, como fuerzas turbulentas que entretejen silenciosamente las caras racionales o irracionales del destino humano, espectros fulgurantes a los que no podemos oponer resistencia sin ser seducidos, sin ser contaminados por su delirante veneno que nos embriaga de ideales y ensoñaciones, que despierta dolor de su eterna ausencia en el presente. Hijos de Caín o hijos de Abel, todos heredamos por igual la hermandad de estas fuerzas rectoras del destino irracional del hombre, ante las cuales somos sobra y polvo, trapos y títeres de su insaciable furor por afirmarse en nosotros y afirmarnos en ellos. No podemos escapar de la sombra y señorío de tales impulsos, pues no podemos omitir la naturaleza de la cual estamos poseídos.

El primero y uno de los más elementales impulsos del hombre, en la búsqueda por dar sentido a la existencia, es el afán por el "reconocimiento", un deseo irreprimible que emerge desde la rebeldía contra la indiferencia y el miedo a la insignificancia, ya que es precisamente la diferencia lo que el reconocimiento afirma y sostiene. La voluntad de reconocimiento es una fuerza clave que nos hace trascender lo meramente biológico para afirmarnos en el reino de lo espiritual. La necesidad del reconocimiento es un

atributo antropológico esencial que se constituye en la relación de un individuo con los otros.

“El infierno son los demás” no quiere decir “el cielo soy yo”; si los demás son un instrumento de nuestro suplicio es porque son ante todo indispensables para nuestra salvación. En la base del lo social está el reconocimiento, todas las redes entretejidas de las relaciones humanas están animadas y reguladas por parámetros enmarcados por el reconocimiento.

El reconocimiento hace hombre al hombre. El reconocimiento es un recurso para cambiar la irreversibilidad de la duración porque puede hacer que el pasado aflore en la actualidad. Pero también es una forma de anticiparnos al futuro, pues el reconocimiento lleva consigo la confirmación y el com-

promiso de la confianza esperada. En el reconocimiento convergen pasado y posibilidad. El reconocimiento que no se proyecta al futuro se convierte en nuestra cárcel y tumba.

El reconocimiento está en la base de nuestra identidad y paradójicamente no podemos identificarnos con él pues nos volveríamos su rehén fatal. Tenemos que distanciarnos de la identidad estable que nos confiere el reconocimiento para considerarla nuestra pues, de lo contrario, degeneraría en inercial vanidad.

La afirmación de la identidad presupone su negación y su trascendencia.

El último grado de la deshumanización y la barbarie es el rechazo total de cualquier reconocimiento al otro cuando a ese otro se lo declara como perteneciente a una raza o especie infrahumana y por tanto, un enemigo cuyo reconocimiento se alcanza a través de su aniquilación.

El reconocimiento es pues el fundamento del sentido y de la dignidad de la vida. LC

En busca de la dignidad y del sentido de la vida, Mijail Malishev, México, Universidad Autónoma de Nuevo León/Plaza y Valdés Editores, 2002, 212 pp.

